



**Paul Viejo**

**Los ensimismados**

  
PÁGINAS DE ESPUMA



# Los ensimismados

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Paul Viejo, *Los ensimismados*  
Primera edición: noviembre de 2011

ISBN: 978-84-8393-092-2  
Depósito legal: M-29365-2011  
BIC: FYB

© Paul Viejo, 2011  
© De la fotografía de solapa: Daniel Mordzinski, 2011  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2011

Madera 3, 1.º izq. 28004 Madrid  
Teléfono: 915 227 251  
Correo electrónico: [ppespuma@arrakis.es](mailto:ppespuma@arrakis.es)

Impresión: Omagraf

Impreso en España - Printed in Spain

**Paul Viejo**

**Los ensimismados**

Una autobiografía confusa



## ÍNDICE

### LOS DESCREÍDOS

No temas, Jack . . . . .	17
Robert & Geena . . . . .	27
Septiembre . . . . .	37
Mi regalo para Ronald, empapada en whisky. .	49
Derrapar . . . . .	61
Ocho piernas. . . . .	71
Mis problemas con la ficción . . . . .	75
Cine mudo. . . . .	81

### LOS ENSIMISMADOS

Cada noche . . . . .	87
Una mirada irlandesa . . . . .	95
Todos han vuelto. . . . .	99
Las correcciones . . . . .	105
Sin salir de Marta . . . . .	109
Un cuento es un cuento es . . . . .	117
Divinos detalles . . . . .	123

## NO TEMAS, JACK

### I

SOLO SI JACK ES CAPAZ de mantener en alto la escopeta, si logra permanecer apuntando un tiempo considerable, este cuento puede llegar a alguna parte. Será necesario que la situación continúe siendo la misma, es decir: que la mirada del cañón no se desvíe, no encuentre distracciones, ojos quebrados en grito, manos sudadas; es decir: que la distancia que existe ahora mismo entre Jack, su mensaje de pólvora y ese hombre sobrecargado de tensión en la mandíbula debe ser igual, es necesario todo el tiempo, porque un centímetro de variación, un movimiento inesperado, el nervio y la traición de un pie que se deslice, precipitará, tal vez, el final de este cuento, las razones de Jack, la recompensa de una muerte. Y, al menos en este cuento que se planea, la resolución de una vida, si es que la hubiera, deberá responder a un motivo concreto, a ningún otro. Pero, sobre todo, será necesario, condición sin la cual nada, que Jack maneje y tenga

bajo control –y sin soltar la escopeta– los extremos de la cuerda que anuda todo, el tiempo y el silencio, tal y como estaba antes de empezar el cuento y como debería permanecer cuando este acabe. Tendrá, Jack, que proteger ese vacío sonoro que había en el momento anterior a levantar el cañón, clavarse la estaca de la culata en el hombro. Mantener intacto el silencio al que precederá el descerrajo que se ha quedado fuera de este cuento. Es importante, porque si Jack no es capaz de apresar también ese silencio, escuchará entonces la música de las sirenas, las ambulancias que llegan y, un poco antes, el choque del metal contra el terreno, el arma que cae, las manos que se destensan y, un poco antes, la queja inútil de una garganta que se ahoga, el dedo traicionando la precisión sobre el gatillo y, desde luego, la pregunta que el hombre lanza sin permiso

«¿Qué demonios haces, Jack, qué significa todo esto?»

y no puede permitirse Jack cambiar el silencio logrado por esta situación que puede, podrá, echar todo a perder, la sensación de haber fallado, el cuento que no llega a parte alguna. Y es que si Jack se topa en su camino, en el camino del cañón que apunta a un pecho, si escucha esa pregunta inoportuna

«¿Qué demonios haces, Jack, qué significa todo esto?»

o lo que sería más preciso y más completo y ya con más sentido

«¿Jack? ¿Eres tú? ¿Qué demonios haces, Jack, qué significa todo esto?»

si llega hasta sus oídos, si alcanza su cabeza bloqueada, entonces, podrá Jack buscar una respuesta mientras recuerda: la furgoneta roja arranca, polvo en el suelo de polvo, ruedas que giran...

## II

La furgoneta roja arranca, polvo en el suelo de polvo, ruedas que giran e impiden escuchar la música que suena en la habitación de Jack, que ha logrado, después de varios intentos, sintonizar la emisora local. Él quiere ser como los demás y quiere disfrutar, igual que el resto, con aquello que sea popular. Con ese chico que canta moviendo las caderas, por ejemplo. O con ese serial matutino, por ejemplo. O con cualquier otra cosa que sirva de ejemplo en este momento. No entiende por qué no puede disfrutar él de todo eso, por qué al vivir en una granja a las afueras no puede tener alcance a todo eso. En un granja solo hay silencio y temblor y gallinas, y una madre que llora y que después mostrará su cuello enrojecido, y un portazo, y una furgoneta roja que arranca arañando la tierra. Mientras, suena la canción de unos jóvenes gamberros toda llena de polvo.

## III

Si a Jack le sudase el dedo que tiene apoyado en el gatillo, este cuento podría resbalar. Podría, el cuento, deslizarse hasta un disparo que hiciera caer el cuerpo del hombre que tiene enfrente. Ese hombre que dice lo que Jack no debe escuchar



«Baja la escopeta, Jack. Tenemos que hablar»

porque si Jack baja el arma, si el destino negro de un cañón apunta entonces hacia el suelo, la historia cambiaría

«Quiero explicarte, Jack, por qué ocurrió todo...»

y lo que quiere es explicarle qué es el dolor, quiere hablarle a Jack de un sentimiento que él conoce bien. Y de otro que no: el abandono. Le pondrá fecha a la bruma, nombres a las imágenes en movimiento que Jack ve cada vez que cierra los ojos. Si pasara el cañón de la escopeta a mirar hacia el suelo de tierra no significaría únicamente que alguien suspiraría de alivio, un hombre, por ejemplo, el que está frente a frente con Jack. Querría decir también, podría significar que esta historia corre grave peligro.

«No temas, hijo. No hay nada que temer».

Y el hombre está a punto de levantar las manos, y de dar un paso en dirección a su hijo, o a ese muchacho al que ha llamado hijo y que en el cuento se llama Jack. Está a punto de moverse porque intuye que, si se mueve, algo puede cambiar en este cuento. El hombre que antes de que diera comienzo esta narración entró en el granero vio a un muchacho contrariado y distraído, y después a un muchacho ya menos distraído y ya menos muchacho que se lanza a por una escopeta esquinada, ese hombre, quiere tomar las riendas de este cuento. Pero el cuento, este y no otro, debe continuar siendo como se planeaba.

Es decir, para que este cuento sea el mismo y no sea otro en el que se escuche

«No temas, Jack»

es Jack quien debe tenerlo todo bajo control, o ni siquiera hace falta tanto. Es suficiente con que sostenga el arma como la está sosteniendo desde que todo esto empezó. O basta con que no siga escuchando. O basta, también, con que cierre los ojos, o que se le nublen los ojos, o se le oscurezca todo lo que sus ojos contemplan y se haga la oscuridad, como si fuera una pausa entre la luz que entra por el techo del granero. Porque puede decir el hombre que no tema, que no hay nada que temer, pero ha de ser ese el único movimiento que realice. Ni manos que se alzan, ni pasos que avanzan para estamparse en un abrazo. Ni mucho menos una escopeta que decline su cabeza. Unas gotas de sudor. En la frente de Jack. Eso es lo máximo que puede permitirse este cuento: un cuerpo empapado en sudor...

#### IV

Un cuerpo empapado en sudor al que se le pega la arena cuando tropieza y cae. Se amalgaman la arena del suelo y el sudor de Jack que quiere seguir corriendo, y que por eso se levanta, se sacude las rodillas, mira hacia adelante. Porque es ahí donde está viendo a su madre avanzar, arrastrando una maleta apresurada y de cartón de la que asoma algún trozo de tela. La mujer anda frente al sol, hacia la carretera, sujetando el som-

brero para que no se vuele, sujetando sus lágrimas para que no se vuelen, levantando arena. Una arena que Jack sabe que se le pegará en el cuerpo cuando se reincorpore y vuelva a correr hasta alcanzar a la mujer, a la maleta, y a la huida. Sabe también Jack que no podrá frenar la huida, pero no tiene la más mínima intención de quedarse ahí mientras la mujer se va. Así que, embadurnado y con lágrimas, él correrá, primero, detrás de la mujer, y, después, con la mujer por la carretera, y será él entonces quien arrastre la maleta hasta montarse en el autobús. Y allí, cuando el sudor se seque, podrá sacudirse la arena y podrá sacudirse los tropiezos, el cansancio, el sueño que los alcanza en un viaje que cruza la frontera de la noche.

## V

Son las palabras las que pueden hacer que Jack se venga abajo, que este cuento se venga abajo sin llegar a parte alguna. No una palabra incorrecta. No las palabras de una frase ininteligible. Ni siquiera las frases de una historia que no se entiende. Las palabras, en general, cualquiera, son las que pueden hacer que Jack mueva de una forma u otra la escopeta y todo se acabe. La palabras de antes de que diera comienzo el cuento y las palabras que vendrán después de él. Es decir, lo que se hubiera dicho en el lapso de tiempo entre que se escucha el motor de una furgoneta roja detenerse junto al granero, y se abre el granero, y un muchacho se gira apuntando a quien acaba de entrar. Y también las que vengan después. Esas son las peligrosas, las que hubo y las que habrá, porque mientras tenga lugar el cuento,

mientras este cuento esté ocurriendo y tratando de ser aquello que se pretende que sea, no habrá, no deberá haber ninguna palabra.

Tendrá Jack que evitar que ese hombre pronuncie frase alguna. Así que no deberá escuchar peligros del tipo

«Me ha costado dar con vosotros»,

porque no debería permitir que el hombre la pronunciase, aunque sea lo que está pensado. Tampoco algo como

«Todo tiene su explicación. Vamos, Jack, no me obligues...»,

ni siquiera algo como eso, que podría poner solución a todo, resolver la amenaza del cañón, el ligero descontrol de las dudas. Porque una frase como esa, capaz de poner fin a una historia cualquiera, lograría en este caso que el cuento no llegase a ninguna parte, que se quedara inconcluso, o peor: que se convirtiera en otro, en algo diferente a lo que tiene que ser, a lo que Jack debe procurar que sea, y está procurando, por eso la tensión de sus brazos, el silencio del granero, la imagen estática que solo se tambalearía, mínimamente, si alguien hablara dentro de ella.

Pero deberá evitar Jack también sus propias palabras. Deberá ser capaz de eludir el desliz de su propia lengua que podría decir cualquier cosa, o gritar cualquier cosa, porque eso significaría que su concentración no está en la escopeta, ni en el dedo que se está ya fundiendo con el gatillo, ni en el tiempo, que se ha detenido, como

detenidas están las briznas de heno y las partículas de polvo que hace un momento, antes del cuento, flotaban en la catarata de luz que entra desde el techo. Y si no está concentrado, y aun evitando decir algo que arruine esta escena, podrá Jack escuchar palabras, unas palabras casi ebrias que llegan desde el salón para ponerle alerta...

## VI

Unas palabras casi ebrias que llegan desde el salón para ponerle alerta son las que le explican, a trompicones, a Jack que debe ir hasta el granero y coger de allí una escopeta, o un cuchillo, o un desvencijo de madera y volver a la casa y protegerlos de lo que sea que está por llegar. Porque llegará, de eso está segura su madre, tras la huida, y está seguro él, después de que la radio interrumpiera la guitarra que imaginaba rasgar Jack para decir que la policía del condado anda buscando a alguien que lleva su nombre y a alguien que lleva el nombre de su madre, y que deben de encontrarse ya a bastantes millas de no sabe Jack dónde. La música se ha detenido para anunciar una búsqueda, y una partida de coches blancos con sirenas encendidas y una furgoneta que va por delante de ellos, y lo que Jack quiere no es escuchar la voz desde el salón, sino ser como los demás, y mover las caderas y llenarse de polvo, pero solo de polvo y no de arena y de sudor, y así olvidarse de gallinas y de granjas, olvidarse de huidas y de autobuses, de marcas en el cuello y de maletas, de fronteras y noches. De escopetas.



## VII

Eso es lo que deberá lograr Jack: olvidarse de todo. Deberá olvidarse de la escopeta y del cañón de la escopeta que apunta a un hombre. Deberá olvidarse del hombre y sepultar de una vez por todas la imagen del hombre, los gestos del hombre, las palabras que el hombre haya dicho antes o vaya a pronunciar después, aunque sea ya en susurros. Porque eso estará fuera de este cuento. Y del granero. Deberá olvidarse de él y de la casa donde se refugió con su madre, y de su madre que no sabe muy bien dónde está ahora mismo, en este momento, si dentro de la casa navegando en el sofá por un río de whisky o en cualquier otra parte, pero fuera del granero. Porque en el granero solo están los elementos mínimos que maneja este cuento y ninguno más. Los elementos que metería el propio cuento en una maleta de cartón llena de prisas si decidiese darse a la fuga. Pero eso es precisamente lo que hay que evitar, que esta historia acabe huyendo. Incluso de ellos, de esos elementos, deberá olvidarse Jack si quiere que este cuento llegue a alguna parte, si quiere que tenga algún sentido. Deberá olvidarse de la tensión, y obviar sus nervios, y la tensión y los nervios del hombre, además de las motivaciones, o de las causas, como las que el hombre pudiera haber explicado de decir algo como

«Fue un error, Jack. Todo esto es un error».

Deberá ser capaz de olvidarlo todo, de hacer caso omiso a los detalles, a los movimientos que no tienen lugar, a la historia. Si olvidase Jack la historia misma, su vida sería más sencilla y este cuento tendría más proba-

bilidades de éxito. Sería entonces tan solo una mirada. No la de Jack, no la del cañón, no la del hombre que mira a Jack y mira también, preocupado y mudo, al cañón.

Pero tampoco tiene por qué ser una mirada. Debe ser, y así ha de procurar Jack que ocurra, algo que se pueda apagar, oscurecer, como se oscurecerá el granero dentro de un rato. Algo que se desvanezca, que no quede atrapado entre las referencias que la mirada de alguien puede encontrar por azar a su paso.

Este cuento deberá ser, y es del todo vital que así lo sea, casi tan solo la palabra cuento y, si cabe, el remolino imperceptible de aire que se forma siempre, junto al cañón, en el momento de un disparo. Apenas más.